

## CERA, ORO Y HUMO

El viaje auténtico no existe fuera de nosotros mismos. El que nos reafirma es aquel otro viaje sin conducciones externas, que se hace a la par que se “lleva”, porque es la dilatación de uno mismo en otro lugar, el reencuentro con uno mismo en un lugar remoto, y sin embargo, pre – conocido, re – conocido, vuelto a reencontrar donde volver a “ser” o, si cabe, comunicar más deliciosamente con la profundidad y, a la vez, la ligereza de ser uno sin las ataduras, sin los tropiezos, sin los estrechos círculos viciosos que nos acechan cotidianamente.

Es el desplazarse para saber “estar” arañando las mejores experiencias de la vida, para auto - prolongarse, yendo al epicentro de los valores que dan sentido a una vida. Tal ha sido el intenso viaje de Pamen Pereira de seis meses por el Japón. Intenso en la experiencia de la inter - comunicación con los pocos hombres que se preparan para recibir una de las más perdurables filosofías ancestrales en los habitats - templos incrustados en la naturaleza , y programado en el arduo, doliente y voluntariamente gozoso aprendizaje de adaptación hasta la máxima “estabilización” del cuerpo con el espíritu. Mas que un traslado físico, la artista ha realizado, pues, un viaje a los orígenes de unas actuaciones milenarias en el fundirse del hombre con la naturaleza, para reconciliarse y dar nuevo vigor a nociones ya instaladas en ella anteriormente como el tiempo ilimitado, la simbólica reducción de las vidas de en medio, la luz unificadora, o la poderosa consciencia de la insignificancia del “yo”.

*El tambor profundo y bajo palpitaba con el ritmo de la propia vida,  
Con el batir ordinario y profundamente sentido del cuerpo humano.  
Otros instrumentos se fueron incorporando con todos los sonidos  
Del cuerpo. El continuo roce débil de la sangre que pasa por las  
Venas y las arterias, el murmullo apagado del aire de la respiración  
En los pulmones, el gorjeo de los fluídos corporales en acción, y  
Y los diversos “crics” y “crecs” y sonidos que forman la música de la  
Propia vida. Todos los débiles ruidos de la humanidad.*

*T. Lobsang Rampa: “ El tercer ull”.*

El piano incandescente dibujado con humo de vela en uno de los más bellos papeles de Pamen Pereira se inmola a sí mismo, deja de dar música para dar luz, se convierte en imagen onírica de una renovada fuerza, de un singular magnetismo, como si en su propia extinción se redoblara su potencial musical. En la ruina del objeto instrumental, renace el “sonido” y la “caja” se hace poderoso ataúd, muerte que libera vida, vida que ya no puede sucumbir. Yace la liberación, no es un túmulo, es sin duda un lecho de nacimiento.

De la misma manera que la pequeña pátera de cráneos de bellos y desordenados marrones construida minuciosamente por la artista y depositada sobre un pedestal – ara de barro, es una aparente “vanitas” en que la muerte se torna tierna y musical, se transforma en cuña soñada que hace un camino certero hacia la deidad, una deidad no superior ni ultra – natural, antes bien próxima, cercana, identificada con la humanidad. Seguramente, “el camino hacia la casa sin sombras” al que la artista se refería en un texto reciente. A una casa de todos, rotundamente diáfana, sin pugnas de identidad, reconciliadora, que flota en el espacio con un sol particular en su interior.

Una y otra, son visiones de paz, de liberación, en contra de la postración en que nos sume la mortalidad. Para la artista “la muerte que nos aterra es la del “yo”. Cuando existe la conciencia abigarrada del yo aparece el drama de la muerte por haber de desprendernos de él”...” sin embargo, la muerte tiene algo de felicidad, de apacible...es más cansado vivir”.

Con su obra trata de acercarnos a visiones reales, aquellas que por otro lado nos unifican a todos, libres de la “confiscación egocéntrica” que deforma el mundo. Visiones en la compenetración con los otros, con la faceta espiritual y sagrada que se halla en la materia del ser, que provienen de una absoluta comunicación con la nada, y por tanto, con una experiencia infinita del tiempo y se hacen manifiestas – según sus palabras – entendiendo “el vacío como acción”. Quizás por ello podemos encontrar anticipatorias imágenes de la propia artista “puesta dentro del tiempo”, en aquella fotografía que se hizo en un ataúd vacío-

Totalmente “adaptado” a ella – en el Monasterio de San Millán de la Cogolla, y en los 22 metros de trenza vegetal que tejió para situarse dentro a modo de crisálida y después desdobló en una imagen fotográfica germinada. Ejemplares acciones en las que se muestra a sí

misma como compañera, o aún más, como sustancia activa de una muerte abierta y regeneradora.

La muerte estaría así “contigua” a la vida y viceversa, se interpenetran en el momento en que ese “yo” rebaja su importancia. No habría tránsito, si no vida incombustible, esa sería la simbología de esas llamas, de esa incandescencia tan persistente en su trabajo. La luz, el oro, el fuego, rememoran las energías omnipresentes de la naturaleza. De ahí que ese laberinto pirandelliano de escaleras también dibujado con humo, se convierta – por efecto de la luz – en talismán benefactor; o que el dorado panal de cera construya un emblemático castillo en forma de cercado, de un irradiante vacío interior. Imágenes en las que subyace otra “realidad” no menos importante. Las aparentemente huidizas sustancias inmateriales, o los dilatados esfuerzos de los microorganismos son portadores singulares de simbologías asociables a lo indestructible. De ahí esas misteriosas imágenes reversibles que nos dan a ver el panal como “fortaleza”, o la trenza como “sudario”. Los más pequeños e intangibles crecimientos o desarrollos naturales, los más insignificantes eslabones del mundo, nos sitúan ante las poderosas puertas del vacío interior, como obra total, como expresión absoluta del cosmos.

*...Pero si estoy inmóvil, si no tomo ninguna actitud en particular, miles de actitudes existen en mí en estado latente o potencial. Así pues, en el vacío único, todas las potencialidades que puedas concebir; todas las que se realizarán e incluso todas las que no se realizarán, todo está contenido en estado latente.*

*...Cada grano de polvo es al mismo tiempo único e infinito.*

*Arnauld Desjardins. “Zen i Vendata”.*

Y dentro de ese vacío, “la luz”; fuera “la calma”. El cercado señala, como el “mudras” budista con las manos, el centro de energía. Otras veces toma la imagen de ojo, el “ojo” es para el cristianismo “la luz del cuerpo” y para el “zen” designa la “vigilancia”.

En muchas de las esculturas de Pamen Pereira el vacío se objetualiza. El nido dorado hecho de ramas se transforma en corazón, quizás porque comprender quiere decir “incluir”, “superar la estrechez”, “ser cada día más inmenso, hasta contener el universo entero en el

corazón”. Un cráter – cueva con identidad abarcadora. Todo lo trascendente estaría así, nuevamente, al alcance del hombre.

El gran paso para la artista, respecto a etapas anteriores en las que le dominaba el terror de ser “tierra”, la quimera de ser lastrada por ella, es la toma de conciencia de que trascendencia e inmanencia son una misma cosa, que no hay línea divisoria entre cielo y tierra, como no la hay entre gravidez e ingravidez, o lo reversible que pueden llegar a ser las materias del cuerpo y la mente.

*...Todo se hace a la vez grande y estable cuando la ensoñación une cosmos y sustancia.*

*...Y si tenemos bajo nuestros dedos una masa dulce y perfumada nos ponemos a amasar la sustancia del mundo.*

Gaston Bachelard. “La poética de la ensoñación”.

Armónicas y acogedoras espinas vegetales que ordenan el esqueleto interior de las hojas, así como entrelazos infinitos son dibujados a menudo por su mano a modo de imperecederos surcos de vida. Continuas redes en las que los pasos intermedios entre polarizaciones son además de inútiles inexistentes, con lo cual las fronteras se tornan inconsistentes, exiguas y devienen impetuoso fluir, intercambiándose propiedades entre cuantas partes en confluencia hayan. De ahí que esa montaña nevada suspendida, con sencillas raíces crecidas en su parte inferior o tal vez “interior”, parezca enormemente liviana en su mayestática presencia en gres. Entraña y cimas se funden en la zona celeste, tierra y cosmos devienen uno. De igual modo que descenso y ascensión unen sus opuestas dinámicas en un indisociable flujo vital.

En las numerosas e inquietantes escenas de negros bosques, los árboles participan, a su vez, de un cierto antropomorfismo como duendes que caminan sigilosamente sin querer dañar el suelo, en una inestable verticalidad propia de seres que no conocen aún todo su poder motriz. Viento impulsor, hombre naciente, fantasmagoría vegetal y oscuridad de la nada, participan de un mismo aliento vital. Las fuerzas, los seres, y los “estados” dela naturaleza reúnen sus propiedades bajo una ensoñación común, cósmica, reluciente y sobre todo, esperanzada.

*...El ayudante del sacerdote tomó un coco de una bolsa, lo abrió por la mitad, mezcló albahaca en el agua que contenía y lo entregó al*

*sacerdote, que hizo sonar una campana para avisar al dios antes de echar el coco al agua. Entonces, la mujer entró en la piscina y, con el agua hasta la cintura, se agachó a buscar a tientas la semilla.*

*... Tarde o temprano, conseguiría su semilla y volvería a casa con ella para afrontar la vida con renovada confianza.*

Norman Lewis. "Donde las piedras son dioses". Viajes por las zonas prohibidas de la India.

En sus aprovechadas estancias en Sapporo en Hokkaido ( la pequeña isla al norte de Japón ), después en el sur para visitar a un maestro zen y más tarde en tres distintos puntos de la zona montañosa de Kyoto, dos de ellos los templos zen "Ei Hi – Ji" y "Hokio – Ji", Pamen Pereira se ha reafirmado en la obtención de imágenes completas.

Una de las más sorprendentes es el anillo de fuego circular, imagen aurática de una ausencia relevante, primordial. Sentimiento de hombre, metáfora de esa consciencia mística parecida a un espejo que nada recibe ni nada rechaza, que está en la base de toda filosofía budista. Una imagen preclara de la nada convertida en hombre esencial, en rostro sin faz, en vacío ígneo como activación de todas las visiones posibles. En gran anillo encendido donde el hombre se perpetua en su papel comunicante, viviente, "testigo interior" de sí mismo.

Resulta inevitable recordar aquí el hermoso cuento "las ruinas circulares" de Jorge Luis Borges sobre el laberinto de fugo, círculo paradigmático de comprobación ineludible de que el hombre era una y otra vez la imagen "pensada" por otro hombre. Testimonio de una prolongación humana de la creación divina y, a su vez, de una ausencia absoluta, de una nada abismal, pero sin duda llena de amor. De estos finos trasvases entre pensamiento y luz, de esas complejas transferencias entre imagen y realidad, y fundamentalmente de esos intensos órdenes comunicacionales nos habla en sus bellas obras Pamen Pereira.

Cera, oro y humo son los frágiles hilos que tejen las metáforas de una portentosa "presencia" interior.

**Teresa Blanch**

